360

al marido
nada oculto.

AL MARIDO NADA OCULTO.

AL MARIDO NADA OCULTO

DRAMA EN TRES ACTOS (INÉDITO)

ORIGINAL Y EN VERSO

POR

JUAN B. REDONDO Y LAFON.

MADRID
ESTARLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ENRIQUE VICENTE
Cuesta de Santo Domingo, número 20.
1882.

PERSONAS.

María (40 *años*).
Ana (18 *idem*).
Pedro (45 *idem*).
Federico (22 *idem*).
D. Diego (50 *idem*).
D. Julio (35 *idem*).

Criada y criado que no hablan.

La escena representa un salon severo, ricamente amueblado.

Distribucion: dos puertas en los ángulos; la del izquierdo conduce al jardin; la del derecho á una capilla, cuyo fondo no se vé, tanto por su conformacion especial y la existencia de un pasillo anterior, cuanto por faltar luz en su recinto; una puerta en ambos lados, y otra en el foro.

Aparte del buen decorado que debe haber, y se deja á la discrecion de la empresa, habrá una mesa centro á la derecha, que contenga una palmatoria con vela, una fosforera con cerillas, y por delante de dicho centro, un sofá y una banqueta.

A la izquierda otra mesa, y á su lado un sillon.

La habitacion figura estar en planta baja: la accion pasa en Aranjuez en un dia de invierno á las nueve de la mañana de 1878.

ACTO PRIMERO.

Federico en traje de viaje, con el brazo derecho en cabestrillo, aparece como hablando con una persona desde la puerta, mano derecha del espectador.

ESCENA PRIMERA.

FEDERICO. Tus cartas, manda á la lista:
que no salgas no me choca;
así, pues, cese tu boca
y adios madre, hasta la vista.
(Ana aparece por la puerta del foro.)

ESCENA II.

FEDERICO Y ANA.

FEDERICO. Ana mia!
ANA. Federico!
ya de marcha?
FEDERICO. Sí, mí amor.
ANA. Eso aumenta mi dolor.
FEDERICO. No, mi bien; te lo suplico.
Ana bella, mi dulzura;
que te vea con reposo:
este instante venturoso
no lo turbe tu amargura.
ANA. Has de cuidarte muy mucho
y tu mano antes de un mes,
la tienes buena: (Aparentando serenidad) ya ves,

674370

ESCENA III.

MARIA, (sola).

(Sale por la puerta, mano derecha del espectador, vestida con traje elegante de casa).

MARÍA. Por la marcha de mi hijo
todos de aquí se alejaron,
circunstancia que aprovecho
para llamar al notario,
y con detalles me cuente
qué efecto surtió mi encargo.

ESCENA IV.

MARIA Y DON JULIO, (éste por la puerta del foro).

D. JULIO. (Desde la puerta.) Señora!
MARÍA. (Con alegría.) Pase, D. Julio.
Gracias á Dios que ha llegado (Le hace una indicacion para que se sienten: lo efectúan en el sofá.)
El asunto se arregló?
D. JULIO. Al senador ví de paso.
MARÍA. (Con interés.) Y dijo á usted?
D. JULIO. Influirá,
ó apoyará sin descanso
el proyecto que le expuse
y me aseguró alcanzarlo,
con tal que el ayuntamiento
de Madrid, no haya acordado
la expropiacion de la casa
que ocasiona su quebranto.
MARÍA. Por el carácter de Pedro
he pretendido ocultarlo.
D. JULIO. No ignoro el asunto implica
sério disgusto y escándalo;
mas mi situacion escuche,
y en su consecuencia aguardo
forme usted completo juicio

de mi excepcional estado. (Ligera pausa.)
A mi padre—que Dios haya—
acudió usted—hace años—
á fin de que revocase
—en momento bien aciago—
un poder que dió á su esposo
en facultades muy ámplio

MARÍA. No fué mi intento ultrajar
á Pedro con ese paso.

D. JULIO. —Aunque decírselo sienta,
sepa usted que le ha ultrajado.
Por su insistencia el poder
fué preciso revocarlo;
razon por la que su esposo
no es posible en ningun caso
venda la casa del Rubio
que en Madrid usted ha heredado.
Ahora bien; como mi padre,
honra tengo en ser notario,
y si la casa se vende
porque en Madrid se ha acordado
que esa venta se efectúe,
mi deber de funcionario
es que el comprador y dueño
acrediten para el caso,
representacion bastante,
bien por sí ó por un extraño.
Y cómo digo á su esposo
no es de usted apoderado?
El caso es grave, muy grave,
el más torpe lo ve claro!
Piense usted por un momento
que su marido—extremado
en los asuntos de honor—
sabe por cualquiera el caso.
Don Pedro, qué juzgará?
que es por usted deshonrado
y el mundo ligero en juicios
sospechará es un villano
su esposo; pues le quitó
usted el poder, saltando
por todos los miramientos
que se guardan á un extraño.
La mujer que así se porta,
se la juzga, á no dudarlo,
sacrificada á intereses
respetables y sagrados.
Por ejemplo: al de los hijos,
gran interés, el más alto:

así la madre es muy buena
y el esposo es un malvado.
Calcule usted la importancia
que dará Pedro á este paso.

MARÍA. (Angustiada.) Mi desdicha se asegura.
y me hiere en mucho grado.
Por qué tal cosa propuse
sin hacer de nadie caso?

D. JULIO. Mi padre á hacerlo se opuso,
más era al fin funcionario:
cómo revoca un poder
quien por la ley puede darlo,
mi padre se atuvo á ésta
y ejecutó su mandato.

MARIA. Queriendo usted, bien pudiera
dar á mi angustia descanso.

D. JULIO. De qué manera? Estoy pronto
si puedo á ponerla en salvo.

MARÍA. Demostrando ese poder
no fué en tiempos reformado. (Con vacilación)
Y pues usted sólo sabe...

D. JULIO. (Interrumpiéndola: con bochorno.)
Cese por favor su lábio!

MARÍA. Deseo usted no se ofenda.

D. JULIO. Su buena intencion proclamo;
más con pena he de decirlo:
usted me pide un amaño.

MARÍA. El dolor que me atormenta
hace á mi dicho ser sándio.

D. JULIO. Si señora; lo comprendo:
yo lamento un mal anciano
que excusa su pretensión
y es de bochorno al notario. (Ligera pausa.)
Desde tiempo muy remoto
y áun en nuestros mismos años,
la propiedad del oficio
hizo al cuerpo rutinario;
pues sólo las influencias
y por lucrarse el Estado
sin garantía en saber
—á excepcion de honrosos casos—
con razon en desprestigio
vivió por tiempo el notario:
más extrañarme no debo
que accesibles para el caso,
se juzgaron competentes
los más torpes y más bajos;
hasta el ejemplo se vió
de habilitar un lacayo:

por eso en chacota y sátiras
figuraban en teatros,
porque el notario en lo antiguo
á este arsenal daba pasto.
(Con entusiasmo.) Hoy nuestra clase en la lucha
ha vencido, cimentando
en honra y saber profundo
que es por dicha nuestro campo,
sobre esas ruinas la base,
de un suntuoso palacio.
Y á tal extremo le arranca
en pos del bien su entusiasmo,
que acrisola su función,
como noble y cual cristiano.

MARÍA. Mi dicha pierdo, don Julio,
si no me salva un milagro.

D. JULIO. Con toda el alma le ofrezco
ayudarla, aunque en mi cargo,
es inútil suponer
faltase ni áun por mi hermano.

MARÍA. Importa tener reserva.

D. JULIO. Disimulemos en tanto,
y un pretexto á esta visita
le daremos, que no es grato
repetir la amarga escena
—ó mejor—el altercado
que su esposo y yo tuvimos
por sus celos condenados
á causa de aquella cita
en que la expresé muy claro
ninguna casada puede
sin su esposo dar un paso
para demanda—ó juicios—
ni dar poder ni aceptarlo.
Y pues lo grave consiste
que ese inoportuno paso
llegue á saberlo su esposo...

MARÍA. Por eso sufro al pensarlo.

D. JULIO. Es preciso más que nada,
usted se calme.

MARÍA. Reclamo
su auxilio.

D. JULIO. (Levantándose.) Cuanto yo pueda
prometo hacer en el caso.
A sus piés, señora mia.

MARÍA. Dios le guarde al hombre honrado.

(Váse D. Julio por la puerta del foro. María vuelve á caer abatida en el sofá).

ESCENA V.

MARIA (sola).

Qué maldita situación;
mi porvenir es amargo:
todo lo miro asustada
sin razonar lo que hago!
Así mi dolor aumenta
y en la impotencia me gasto.
(Oculta la cabeza entre sus manos.)

ESCENA VI.

MARIA Y ANA

(Entra ésta por la puerta del jardin).

ANA. (Sin reparar en María. Ap.) Cuánta dicha venturosa
pendiente y en lo futuro
el porvenir me reserva
y en grato amor la construyo,
El silencio de mi tia
es lo que me apena mucho. (Reparando en ella.)
Mas, cielos, llorando está!
Esas lágrimas, producto
lo serán porque me caso
con mi primo y no la gusto?
Moriría de dolor
si en lo dicho bien arguyo! (Alto á María.)
Tia!—ó mejor dicho—madre!
de esta huérfana el escudo!
Que su dolor me demuestra
y es causa de mi disgusto!
La razon cualquier que fuere
de ese llanto en que me anublo,
dime pronto, amada tía,
que mi dolor es profundo.
(María levanta la cabeza y mira á Ana con amor).
Si motiva el casamiento
con mi primo tu infortunio
y otra esperanza alimentas,

que sin conocerla trunco;
descuida, mi buena madre,
que me opondré por tu triunfo.
(María coje de la mano á Ana y la sienta á su lado).

MARÍA Hija del alma, mi vida!
Niña gentil, que á Dios plugo
mostrarnos lo que es pureza
desde que en tu faz la puso,
dándonos así la efigie
de sus ángeles más puros!
Cómo pudiste pensar
lo que de tu lábio escucho?
Oponerme á la eleccion
de mi Pedro, mi bien único,
y es el que seas la esposa
del hijo amado ya tuyo?
Nunco debiste pensarlo:
distintas ideas nutro...
...Y pues tu anhelo pregunta
á mi dolor tan sañudo,
y te quiero como á hija
nombre que orgullosa luzco,
es mi deber confiarte
la pena que disimulo:
la ocasion se me presenta
y por leccion te descubro
las angustias que padezco
y á tu prudencia aventuro.
(Ligera pausa). Hace ya catorce años
á mi buena tía plugo
—la de Madríd—el dejarme
unas tierras de producto,
la casa en que ella vivió
y otros objetos de lucro.
Para vender ciertas fincas
de la herencia que te acuso,
le dí un poder á tu tío
en el momento oportuno
para resolver el caso
segun creyese más justo.
Despues del acto que digo
falta de tino y de mundo
y excitada por consejos
de parientes tontos burdos,
decidida revoqué
con ligereza y abuso
el poder que dí á mi esposo,
y al referirlo me turbo.
La razon debe fundarse

en el ruego moribundo
de mi referida tia,
la que me encargó por último,
nunca vendiese la casa
que en Madrid, calle del Rubio,
poseía y me legó
por recuerdo y por su gusto.

ANA. Bien comprendido tu intento,
no hay ofensa, no hay insulto.

MARÍA. Como despues no hizo falta
intervenir en asuntos
que concerniese al poder,
fuéronse pasando lustros:
mas hoy podría venderse
esa casa, ve mi apuro.

ANA. Pero te encuentro ofuscada
y con tus frases te arguyo.
No puedes dar un poder
á mi tío? Pues haz uno
que le autorice cual quieres
y terminan tus disgustos.

MARÍA. Lo mismo que tú pensé
hace tiempo; mas no pudo
concertarse de ese modo
ni resulta bien alguno.
El poder debe haceptarlo
el que lo obtiene y no opuso
cosa alguna al poderdante;
así dicen que es de juro.
Por tanto ,no surte efecto,
que es muy preciso este punto.

ANA. Estás forjando quimeras.

MARÍA. Ellas torcieron mi rumbo
de flores entretegido,
si no hubiese en golpe brusco
interrumpido mi mano
el bien perdido que busco.
(Con pena). En esto estriban mis penas,
el dolor en que me hundo;
maldito poder, maldito;
maldita casa del Rubio!

ANA. Calma tu tormento, tía;
mira que al verte me angustio:
ten confianza y espera
nuevas dichas, de seguro.

MARÍA. En tal, Ana, no confío
ni en esa esperanza abundo;
pero aprende la leccion
que nos enseña este punto.

Toda mujer es, sin duda,
el más perfecto dibujo
de la dicha, si bien cumple
sus deberes en el mundo:
nunca mi consejo olvides
y vivirás siempre á gusto.
La casada pertenece,
sin protestas ni discursos,
al esposo que se busca
y Dios une en sacro yugo:
su dignidad cifre en él,
en amarle esté su orgullo;
cumpliendo así la casada,
la paz, y á Dios tiene en busto:
todo lo que esto no sea,
es delirio, un torpe hurto,
que al esposo se comete
sin producir bien alguno.

ANA. Y prometo amada tía
ser muy buena, te lo juro.

MARÍA. Sobre todo, nunca tengas
á tu esposo nada oculto.

ANA. Tus consejos seguiré.

MARÍA. Ellos te sirvan de escudo.

ESCENA VII.

DICHOS Y PEDRO. (Este por el foro).

PEDRO. Hola, juntas?

MARÍA. A la vez,
esperándote: Y mi hijo?

PEDRO. Para Madrid, con Clavijo,
ahora sale de Aranjuez.

ANA. Marchó tranquilo?

PEDRO. Sí tal.

MARÍA. Si volviera mi hijo sano!

PEDRO. No le quedará en la mano
de su herida, ni señal.

MARÍA. Dios te oiga.

PEDRO. Ya lo creo:
quien bienes nos dá sin tasa
y hace un edén de esta casa,
oirá tan justo deseo:
la dicha que aquí se observa

y pregona nuestra faz;
la envidiable y grata paz
á que aspiro y nos reserva
un porvenir halagüeño,
Dios no querrá convertir
en un amargo sufrir
ni en un pasagero sueño.

MARÍA. Fuera injusto si dudamos.

PEDRO. Para tener tal dolor,
no nos daría el Señor
tanto bien como gozamos.

ANA. De su herida á Federico
tristes augurios le oí.

PEDRO. Porque se aleja de tí,
así piensa y me lo explico:
te ama tanto!

MARÍA. Ve la causa
(Por Ana) del recelo que le oiste.

PEDRO. (A María por Ana). No es su esposo y se resiste,
hay en su enlace otra pausa.
Tambien proyectos que mimo
viene á suspender su herida: (A Ana festivamente).
eso no importa, descuida;
pronto serás de tu primo.

ANA. (Bajando los ojos.) Yo... sólo quiero se cure!

PEDRO. (Con agradable ironía). No habla más fuer te amor?

ANA. (Bajando los ojos). Yo!...

PEDRO. Si mudas de color,
vas á hacer me lo figure.

MARÍA. (Por Ana). Su felicidad se labra
en ese enlace.

PEDRO. Y la nuestra:
de ser superior, dí muestra
con hechos y de palabra.

ANA. En esta morada estriba
dondo feliz he crecido,
cuánta ventura á Dios pido
para que dichosa viva:
sin vosotros, mi existencia
al ser huérfana y sin guía,
en el caos se vería
y quizás en la indigencia.
Si un alma puede mostrar
su gratitud, y á decirlo
en gracia yo de pedirlo
Dios me lo llega á otorgar,
haré que á torrentes brote
la gratitud de mi frase;
á tal punto que me abrase

sin que el sentimiento agote.

PEDRO. Muy bien, Ana, así te quiero.

MARÍA. Su cariño es cual su fé.

ANA. Expresaros no sabré
cuanto en el alma os venero.

PEDRO. Por verte unida á mi hijo
el tiempo me se hará tarde,

ANA. Que en su corazon me guarde,
es todo cuanto le exijo.

PEDRO. Y á propósito, María:
sin que de tu tiempo abuse,
que hablásemos me propuse
de tal asunto este dia.

MARÍA. Cuando á tu interés convenga.

ANA. Yo me retiro á bordar.

MARÍA. Al paso puedes mandar
no avisen, venga quien venga.

ANA. Así lo haré.

MARÍA. Vé con Dios

PEDRO. (Al intentar retirarse Ana).
Y á mí nada se me dice?

ANA. El alma mia bendice,
con dicha inmensa á los dos.
(Se vá Ana por la puerta del foro).

ESCENA ULTIMA.

MARIA Y PEDRO.

MARÍA. Me cautiva la voz suya;
no me canso de escucharla.

PEDRO. Has conseguido educarla
ála semejanza tuya.
De sus padres, sin embargo,
te he ocultadoun hecho grave;
hecho, al fin, que Dios lo sabe,
me causa un recuerdo amargo.
(Coje la mano de María y la conduce al sofá, en donde se sientan.)
Y pues eres cariñosa,
tengo el deber de decirte
y con franqueza advertirte,
el orígen de la esposa
que ha de ser de nuestro hijo.
Nada más justo saber

la procedencia del sér
que hija llames, así exige,
oigas el triste relato
de sus padres sin ventura;
es historia de amargura;
procuraré no ser lato.
(Pausa). No está de más repetir,
há tiempo salí de España
á distante tierra extraña
en busca de un porvenir.
Supiste tambien murieron
mis padres, buenos y honrados,
por su virtud estimados
de cuantos les conocieron,
y que mi hermana Clemencia
por dicha época casó
con Gil Donredo y Falcó,
un industrial de Valencia,
A esto sólo se reduce
lo que sabes de esa historia;
hoy fijaré en tu memoria
cuanto á ese extremo conduce.
Para seguir bien el hilo
de dicha historia tan vil,
debo expresarte que Gil
en su casa daba asilo
á una jóven que en belleza
era en extremo admirable,
mas de alma tan despreciable
que sólo engendró vileza.

MARÍA. Me asustas!

PEDRO. Fué el enemigo
de mi Clemencia.

MARÍA. Qué horror!

PEDRO. Gil era entónces tutor
de esa hermosura: prosigo.
Trascurrieron pocos años
cuando á mi pátria volví,
en cuyo tiempo adquirí
mi fortuna y desengaños.
Al fin terminó mi ausencia:
indagar quise al volver
preguntando á todo sér
si sabian de Clemencia:
toda pesquisa fué vana;
no hallé rastro me indicase
el sitio donde encontrase
á mi muy querida hermana:
entónces te conocí

por Diego, mi buen amigo;
despues me enlacé contigo
y á ser dichoso volví.
(Pausa). Habia tiempo pasado
cuando un señor que no cito
—y perdona si lo omito,
pues debo ser reservado—
vino á exprofeso á buscame
por encargo que tenía,
de una presa que moria
con la pena de no hablarme.
La presa, viendo su muerte,
se impuso de penitencia
el hablarme de Clemencia.

MARÍA. (Con interés). Sabia?....

PEDRO. Cual fué su suerte.

MARÍA. Y fuistes?

PEDRO. Sin vacilar
hácia la cárcel partí,
y ante la mujer me ví
que he dicho me quiso hablar.

MARÍA. Te conoció?

PEDRO. (Con amargura). Sí, por Cristo!
Era la pupila hermosa,
que por una infamia odiosa
en dicha cárcel se ha visto.
Cuando llegué agonizaba;
mas al verme se animó
y unos papeles me dió
que muy ocultos guardaba.
«Señor»—me dijo—«es patente
»el crímen que le refiero
»en ese papel: me muero;
»sed por caridad clemente.
»Mi mal me lleva al abismo:
»mi corazon fué de cieno:
»perdonadme como bueno,
»si no por mí, por vos mismo.»
(Pausa). Esto expresó la mujer,
y gran silencio siguió.

MARÍA. (Con interés). Ha muerto?

PEDRO. Si que murió,
tras de mucho padecer!

MARÍA. Y el escrito?

PEDRO. Fiel, contaba
torpes y graves delitos,
repugnantes, infinitos
(Excitándose y recitando más de prisa).
que Clemencia fué la esclava:

el blanco de infames iras
de la pupila y de Gil,
y todo, porque esa vil
abrigó en su pecho miras
de vivir con mi cuñado,
el cual, la amó con locura,
como Clemencia tan pura
adoraba á ese malvado.

MARÍA. Horrible fué su destino.

PEDRO. Más dirás cuando te advierta,
fué villanamente muerta,
siendo ese Gil su asesino,

MARÍA. Cielos!

PEDRO. Así sucedió,
y aquí el escrito termina,
si bien ántes determina
donde el tal Gil se escondió

MARÍA. Pobre hermana!

PEDRO. Vivió en duelo,
destacándose en relieve
cual copo blanco de nieve
que Dios construye en el cielo!

MARÍA. Y despues, qué sucedió?

PEDRO. (Levantándose, y detrás María con sañá).
Despues del dolor, venganza;
el furor en destemplanza;
cuánto empuje tengo yo!
Sólo ví en Gil mi enemigo;
en seguida le busqué,
y al verle le dige, lee
—los papeles que te digo—
Fué indispensable reñir;
á arma blanca, con puñal,
que de venganza es señal
querer tal arma elegir.
Concertado de este modo,
subimos á un carruaje, (Con soberbia).
para sentir más coraje
al rozar codo con codo.
El uno del otro en pos,
fuimos á un sitio á luchar,
de soledad grata, mucha;
sólo por testigo, Dios.
Fiero Gil y yo con brío,
el combate principió;
al primer golpe cayó,
así acabó el desafío.....
Con la mirada en mí fija
y en las ánsias de la muerte,

Gil me habló así, de tal suerte:
«Hermano, tengo una hija;
»desdicha hereda temprana;
»que no sepa lo que fuí;
»sé tú su padre por mí:
»perdon Clemencia, adios Ana! (Ligera pausa).
Horrorizado quedé
al ver de Gil sus despojos!
Creí mentian mis ojos
y el cadáver contemplé!

MARÍA. (Mirando al cielo). Dios tenga piedad del muerto!

PEDRO. (Sombrío). Y tambien del matador!
Repuesto de mi estupor,
con paso veloz y cierto,
al asilo fuí de Ana,
con ella á casa volví
y educada fué por tí
como lo hiciera mi hermana. (Señalando la capilla).
Esa capilla formé
con propósito de orar
y dentro de ella guardar
el puñal con que maté.
Te negué la entrada ahí
por antojos de mi mente;
quise sólo, penitente,
perdon implorar allí;
que mi soberbia castigo
y á la par á mi conciencia,
al tener en mi presencia
ese puñal que te digo.
Este es el triste relato
que me propuse este dia
contártelo fiel, María.

MARÍA. Lance por demás ingrato.

PEDRO. Guarda un secreto tan grave.

MARÍA. (Con cierta zozobra. Ap.)
Dios permita que no advierta
(Señalando la de la capilla). tengo yo para esa puerta
una ganzúa, una llave!

PEDRO. Comprendiste?

MARÍA. (Con cariño). Sí, mi bien!

PEDRO. Sólo falta á mi contento
ver alcanzado el intento
que tu deseas tambien.

MARÍA. Casar pronto á Federico?

PEDRO. Con nuestra sobrina Ana.

MARÍA. Tal idea es muy humana.

PEDRO. Por eso la glorifico;
honra y dolor van juntos

en tal historia maldita,
y la conciencia me grita
que armonice tales puntos.
Ahora ve por qué ofrecí
nunca á la córte volver
y cual ha sido ha de ser,
siempre seré como fuí.

(Aparece un criado por la puerta del foro con una bandeja en la mano que contiene una carta; Pedro se vuelve, y entonces avanza dicho criado hasta Pedro, el cual coje la carta, retirándose el criado).

PEDRO. Una carta! De interés
acaso: abramos el pliego. (Lo abre y lo lee para sí rápidamente). (Dejando de leer: recitando).
Es de nuestro amigo Diego,
que cumple como quien es (Como extractando el contenido del pliego).
Dice que ha habido reunion
en Madrid del municipio,
el cual acuerda en principio
la forzosa expropiacion
y el derribo de la casa (Muestra visible de angustia en María).
que en la córte poseemos,
y en venta, en fin, la tenemos
anticipando la tasa

MARÍA. (Con abatimiento: ap.) Adíos ventura, adios paz!

PEDRO. (Guardándose la carta). Así, pues, en conclusion,
cada cual á su mision.

MARÍA. (Ap.) La angustia sube á mi faz!

PEDRO. He de arreglar documentos
y ver á Julio Duzcarta:
tal razon de tí me aparta.

MARÍA. No vayas, y más momentos
conmigo...

PEDRO. (Interrumpiéndola). No puede ser.

MARÍA. Te lo ruego!

PEDRO. (Impacientado). Qué manía!

MARÍA, (Insistiendo). Yo quisiera!...

PEDRO. (Interrumpiéndola y acentuando disgusto).
Todavía!

MARÍA. (Suplicante.) Queda tiempo.

PEDRO. (Con sequedad.) No á mí ver!

MARÍA. Dame ese gusto. Sí?

PEDRO. (Aumentando su sequedad). Claro
expresé!...

MARÍA. (Interrumpiéndole y porfiando). Qué más te da?
PEDRO, (Con severidad). Ya lo he dicho!
MARÍA. (Sobrecogida y humildemente). Bien está!

(Se dirige hácia su cuarto comprimiendo los sollozos con las manos en el pecho, terminando al entrar en su cuarto por un llanto á gritos. Pedro que se dirigia hácia la puerta de su cuarto, se detiene al oir el llanto de María, y queda contemplándola al entrar ésta en su cuarto, demostrando aquél sorpresa.)

PEDRO. Vive Dios, que el llanto es raro!

TELON NO MUY RÁPIDO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion: Son las nueve de la mañana.

ESCENA PRIMERA.

ANA, (sola).

(Se halla sentada en una banqueta, y bordando en un bastidor).

Con esta labor me atraso;
y áun las sedas son muy malas:
(Con cierta impaciencia).
no, no luciré mis galas
si continúo á este paso.
(Dejando de bordar. Con tristeza: pausa).
Mis galas! No, mis disgustos
son los que debo lucir,
si antes no llego á morir
al ver marchitos mis gustos!....
(Dejando el bastidor sobre la mesa y levantándose).
Desde la fecha fatal
de la carta de D. Diego,
mi tia perdió el sosiego
y yo tambien por mi mal.
Que mucho sufre lo sé
aunque su dolor refrena: (Mirando al cielo).
Dios mio! siendo tan buena,
por qué ha de sufrir, por qué? (Ligera pausa)
En su tristeza me hundo
rindiendo copioso llanto;
trémula, muda de espanto,
por su dolor sin segundo!

Luego mis penas complico
porque á mis padres recuerdo;
sólo una ilusion no pierdo,
mi adorado Federico.
Así, pues, vivo sin calma;
no hay cosa que no me aflija,
y se vá haciendo prolija
la tortura de mi alma.
Por qué tanto me atosigo
y sufro tales efectos
al recordar los afectos
que en el corazon bendigo?....
Porque la pena es mi don
y es la causa de mi mal:
(Candorosamente y como hablando á su dolor interno).
Dolor ingrato, huye, sal,
y á mi no vuelvas, traspon! (Pausa: conmovida).
Me hallo tan azorada
(María ha salido por la puerta de la derecha; al decirse el último verso de esta redondilla, debe estar al lado de Ana).
y á tal punto conmovida, (Próxima á llorar).
que salen ya de corrida
mis lágrimas!
(Siente á María, y al verla, se arroja en sus brazos llorando al decir).
Tia amada!
(Continua sollozando sobre el pecho de María).

ESCENA II.

ANA Y MARIA.

MARÍA. (Alarmada). Por qué lloras Ana mia?
Oye mi ruego, contesta!
No demores tu repuesta! (Acariciándola).
Vamos, Ana, en mi confia!

ANA. (Separando la cabeza del pecho de María y demostrando acerba pena en su rostro lloroso).
Que necasito llorar
por la pena que devoro;
que me consuelo si lloro
y no lo puedo evitar!
Tu reprime los dolores

que siente tu corazon,
y sufro por tu afliccíon
que son mis penas mayores!
Cual amargan los baladres;
tengo en el alma amargura (Conmoviéndose como anteriormente).
y aumento mi desventura
porque recuerdo á mis padres! (Oculta el rostro entre sus manos, en las que tiene un pañuelo, y en esta forma, continúa sollozando: María conmovída acaricia y atrae hácia sí á Ana).

MARÍA. Tan rudo dolor mitiga!
cese tu pena y quebranto
vé Ana mia que tu llanto
en exceso me fatiga.
En la region eternal
donde mora lo eviterno
y alabanzas al Eterno
le canta el sér celestial,
allí tus padres descuellan
de gracia infinita llenos,
entre los justos y buenos;
donde los astros destellan.
Sentido tributo das
á mis múltiples dolores;
no, Ana mia, no me llores,
que me angustias mucho más. (Ana incorpora la cabeza, aunque todavía sollozando).
El sentimiento que expresas
con tu querido doliente,
me demuestra claramente
el amor que me profesas:
al mio tienes derecho;
aunque yo te aborreciese,
hoy harías te quisiese; (Cogiéndola una mano).
pero te adora mi pecho. (Con la mano en el corazon).
Mi cariño aquí creció,
intenso, grande, profundo.
y es tan grato y tan fecundo
que toda mi pena huyó.
Y al obrar con rectitud
si á tu conducta me ciño,
he de pagarte en cariño
tu bondad y gratitud. (Enjugándole su llanto).
Esas lágrimas que rielan
puras en tus ojos bellos
y con dolor miro en ellos

la amargura en que se velan,
que para siempre concluya:
no más llanto ni agonía,
piensa tambien, Ana mia,
en la felicidad tuya.
Así, pues, no te atormentes
con semejantes delirios,
no ignoras que tus martíríos
me hacen sentir cual tú sientes.
Ya sabes que te queremos,
y áun mi Federico más: (Con festiva reprension).
con que no llores jamás,
ó todos te aborrecemos.

ANA. Amada tia.

MARÍA. Hoy habrá
carta con precision
de tu prima; el corazon
me anuncia que se vendrá.

ANA. A estas horas, hace un mes
de aquí marchó.

MARÍA. Y mi sosiego.
Desde que escribió D. Diego,
lo que estoy sufriendo ves.

ANA. Segun te dijo el notario,
mañana se hace la escritura
de la casa.

MARÍA. Y asegura,
que un poder es necesario
para que tu tio actúe.

ANA. En tal caso.....

MARÍA. Ves, me animo
por creer vendrá tu primo;
pues es preciso efectúe
un plan en que fundo empeño:
y es que despues que haya hablado
á mi hijo, iré á su lado
para decir á mi dueño
—á tu buen tio—perdone
mi proceder insensato
y olvide el recuerdo ingrato
que á mi ventura se opone.
Como sola no me atrevo
decir mi falta á tu tio,
me amparo del hijo mio,
para hablarle en lo que debo:
así no causa sonrojos
á mi buen Pedro ante extraños
y me evito nuevos daños.

con repulsivos enojos. (Con cierta animacion y alegría).
Siento el alma más tranquila
y lo fundo en mi proyecto.
No surte en tí igual efecto?

ANA. Como no, si en tí se posa
tan agradable esperanza,
y esa esperanza asegura
tu dicha que es mi ventura
y ventura sin mudanza?

MARÍA. Tus palabras me parecen
voces divinas del cielo
y de tan grato consuelo,
que mis angustias decrecen:
mas hay que ser precavida
y esa carta que te expreso...

ANA. (Interrumpiéndola). La cogeré: dame un beso.

MARÍA. (Se besan). Y con él toda mi vida. (Se marcha Ana por la puerta del foro).

ESCENA III.

MARIA (sola).

Me agita cualquier quebranto
y en el alma se me crece
la pena que otro padece
y más aún si veo llanto:
mi compasion es castigo
en lugar de ser favor,
y la causa es el pavor
que vive junto conmigo.
Quién pudiera atrás volver;
lo que hice no lo haría; (Con arranque).
ni áun suplicando mi tia
y el mundo con su poder!

ESCENA IV.

MARÍA y PEDRO (Entra por la puerta del foro).

PEDRO. Me alegro encontrarte aquí:
supuse que aún acostada
te hallaría, y levantada

te encuentro.

MARIA. Muy mal dormí,
por lo cual me levanté.

PEDRO. Veo que poco te cuidas:
mi ansiedad quiero que midas.

MARÍA. Es que mala me acosté
y nada tiene de extraño.

PEDRO. Sí, amada esposa, deploro
tu tristeza, y, pues te adoro,
eso á mí me causa daño. (Con intencion)
Y es rara por vida mia
tu dolencia sin igual!

MARÍA. (Algun tanto confusa).
Hoy no me encuentro muy mal.

PEDRO. (Mirando fijamente á María).
Algo me ocultas María.

MARÍA. (Alarmada). Qué supones?

PEDRO. (Con intencion). Qué padeces,
y en impenetrable arcano
te encierras!

MARÍA. (Con angustia: Ap.) Dios soberano!

PEDRO. (Con alguna seriedad). Y con eso me enardeces.
(Con intencion). Hace algun tiempo que ocultas
lo más leve á tu marido!
Calcula si habré sufrido,
al mirar no me consultas
ni me buscas con amor;
entiendo serán quimeras;
pero las cosas ligeras
causan la pena mayor. (Mirando fijamente á María
Antes eras otra cosa;
pero al marchar nuestro hijo,
desde ese dia, de fijo,
te he visto más cautelosa.
y sospecho que tú á mí
me esquivas hasta en el trato: (Con cierta dureza).
Si hice de esto fiel retrato,
qué es lo que lo causa, dí?

MARÍA. Esposo mio!

PEDRO. (Reprimiendo su enojo). Sí, ya sé
soy tu esposo, (Con severidad). mas lo quiero;
y un instante no tolero
que se oculte el por qué
de tu mundanza chocante!

MARÍA. No te inquietes por mi mal.

PEDRO. (Con cierto enojo). Que me es por cierto fatal
y no hay por Dios quien lo aguante!

(Con naturalidad). Vé mi corazon cual queda!
(Con cariño). Ten piedad, que me confundo;
(Con excitacion). tú no querrás que iracundo
con tigo nunca proceda!

MARÍA. (Suplicante). No estés conmigo severo
ni te enfades te suplico: (Algun tanto vacilante).
así estoy... por... Federico
que es para mí lo primero.

PEDRO. Será verdad, no lo dudo,
y en tal interés te sigo:
mas entiende lo que digo,
que en tu conducta me escudo.
(Con entereza). Tus protestas justifican
á la madre cariñosa,
mas no á la sencilla esposa,
á quien actos perjudican,

MARÍA. (Asustada). Qué dices?

PEDRO. (Con resolucion). Que en muchos casos
me rindes amor inmenso,
en tanto, si mal no pienso,
noto reservas tus pasos!
No eres franca cual solías: (Con intencíon).
me ocultas si tienes carta,
y áun el taimado Duzcarta
sé que viene (Con severidad) y tú debias
decírmelo de contado;
mucho más; no recibirle,
y en lugar de despedirle
como lo tengo mandado,
lo callas: (Con severidad). Esto qué indica?

MARÍA. De un hijo vino á saber.

PEDRO. Claro que así debió ser.

MARÍA. Si eso á tí te mortifica...

PEDRO. (Con más dulzura). (nterrumpiéndola).
No, y me apresuro á decirlo.

MARÍA. (Ap.) Aunque lo oculta, le acosa
tal idea, y cautelosa
debo al notario advertirlo.

PEDRO. (Con naturalidad). Sé que nombre de altanero
ciertas gentes me atribuyen;
con eso más contribuyen
dedique á tí el dia entero.
Y pues con nadie comparto
afectos del corazon
y cifro aquí mi ilusion
que en mi familia reparto

no extrañarás hoy me inquiete
y con tus penas me ofusque,
si no hallo por más que busque,
la razon que me interprete
tu zozobra nunca vista;
dando lugar que sin calma
y llena de angustia el alma
en interrogarte insista: (Cogiéndola la mano, y con cariño).
Qué te pasa? Por favor,
calma mi ansiedad, María,
que se aumenta mi porfía
al ver claro tu dolor! (Dejando la mano de María).
Así harás que tenga dudas!

MARÍA. (Alarmada). Y de qué, mi esposo amado?

PEDRO. (Contrariado). No lo sé, que acalorado
estoy, y á estarlo me ayudas.

MARÍA. (Ap. Con pena). Mis temores, bien lo explican,
son ayes mi sonreir!
(Alto y tranquila). Es difícil discurrir
tus frases qué significan.

PEDRO. No pienses tu amor complico
en dudas que causen mengua; (Con energía.)
sabria arrancar mi lengua,
si en tal un concepto indico.

MARÍA. Prometeré corregirme
si esto pide tu qnerella.
(Irguiendo la cabeza, y con la mano en el corazon).
Honradez tengo sin mella!

PEDRO. (Con cariño). No vayas ahora á afligirme,
ni se hable más de este punto.

MARÍA. Es que quiero convencerte
cifro en el honor por suerte...

PEDRO (Tapándola la boca con la mano, y en forma de ruego cariñoso).
Nada más sobre el asunto.

MARÍA. (Con amor). Hasta luego, esposo mio!

PEDRO. (Cogiéndola las manos). Adios, mi hermaos María!

MARÍA. (Retirándose por la puerta derecha: Ap.)
Dios consuele el alma mia!

PEDRO. De su salud desconfío.

ESCENA VI.

PEDRO Y DON DIEGO.

D. Diego. (Desde la puerta del foro).
Hay posada para un huésped?
Pedro. Corriendo el uno hácia el otro).
Mi buen Diego, tú en mi casa?
D. Diego. Segun entiendo, es ya mia.
Pedro. Sorpresa me das muy grata.
D. Diego. Así lo entendí y supuse.
Pedro. Lo que es hoy, no te esperaba.
D. Diego. Es verdad, mas la impaciencia
de verte—y en confianza—
aburrido de la córte,
que aunque córte, tambien causa
y no teniendo otra urgencia,
ni otro asunto, ni otras ánsias
que cumplir nuestro contrato
—para tí de gran ventaja—
quise anticiparme un dia
al convenido en tu carta.
Pedro. Así me place, buen Diego,
te lo agradezco en el alma,
D. Diego. A tu esposa y Federico,
que tal les va, qué tal Ana?
Pedro. Federico está en Madrid:
si es María, mal lo pasa;
la mortifican sus nervios
con sacudidas que alarman
mi corazon y en apuro
la contemplo delicada.
Con respecto á mi sobrina,
se conserva muy gallarda.
D. Diego. No supe que Federico
tan cercano á mí se hallaba.
Pedro. Que no te ha visto, lo sé:
su proceder no me agrada.
D. Diego. Y qué le llevó á Madrid?
Pedro. La profunda y grave llaga
que en su mano diestra tiene
con necrosis, gangrenada.
D. Diego. De manera que la mano!...
Pedro. Hoy no puede utilizarla.

D. Diego. Qué médicos le visitan?
Pedro. Salazar, (1) Bombin, Lacasa.
D. Diego. Los tres son médicos célebres:
Y dicen?
Pedro. Que pronto sana.
D. Diego. Pues sucede si eso dicen.
Pedro. Sí; me inspiran confianza:
mas dejemos este asunto.
D. Diego. Corriente, que el tiempo pasa
y aprovecharlo debemos
en cosas ménos amargas.
Pedro. Revestido con poderes
para venderte la casa,
vienes por el municipio
de Madrid? El te señala
su representante en forma
conveniente y necesaria?
D. Diego. Los poderes oportunos,
que al efecto se reclaman,
bastanteados los traigo
por un letrado de fama.
Y por cierto ese poder
se me dió de mala gana:
el alcalde bien se opuso,
á mis ruegos se negaba;
en estos casos él firma
y sólo en Madrid se paga.
mas como nunca á la córte
por motivos que te guardas
vas, todo al fin se allanó
y esto es todo lo que pasa.
Pedro. Perfectamente, buen Diego,
quiere decir que mañana
se otorgará la escritura
ante el notario Duzcarta.
D. Diego. Quiero saludarle hoy:
es un hombre que me agrada
por honrado y entendido.
Pedro. De escrupuloso se pasa:
mas primero á mi mujer,
para verte haré que salga.
D. Diego. Ahora no, déjala, luego;
que es muy urgente me vaya
al telégrafo, y poner
un parte de mi llegada.

---

(1) El autor debe la existencia á los cuidados y acierto de su distinguido amigo D. Mariano Salazar, médico del hospital de la Princesa de esta córte.

PEDRO. Y tu equipaje?
D. DIEGO. En la fonda:
aquí mesa; allí la cama.
PEDRO. Como gustes, tú no olvides
que aquí dispones y mandas.
D. DIEGO. Me marcho á donde te he dicho
y á saludar á Duzcarta.
PEDRO. Si quieres que te acompañe...
D. DIEGO. No, querido, no hace falta.
PEDRO. Pues á las once se almuerza.
D. DIEGO. Así mientras yo haré gana.
PEDRO. Por la puerta del jardin
sales directo á la plaza.
D. DIEGO. En tal caso, sé mi guia.
PEDRO. (Indicándole la puerta del jardin y cediéndole el paso).
Y con gusto, Diego; pasa. (Se marchan por la mencionada puerta).

ESCENA IX.

(Aparece Ana por la puerta del foro con una carta en la mano; al mismo tiempo sale María de su cuarto).

ANA Y MARIA.

ANA. (Dirigiéndose hácia María). Tia, tia, carta tienes!
MARÍA. De Federico, no hay duda,
ANA. Ya verás, Dios nos ayuda,
tu ventura aquí contienes.
MARÍA. Dame esa carta!
ANA. (Dándosela). Sí, toma.
MARÍA. Me encuentro tan abatida,
que apareciera vendida
si álguien por aquí se asoma.
ANA. (Ap). Ansiosa estoy porque lea,
MARÍA. (Ap). El corazon se me salta,
que la zozobra no falta
si causa ruin nos afea! (Rompe el sobre y se pone á leer). (Leyendo).
«Desfallecer hoy me ví
»por tu carta, madre mia;
»bien comprendo tu porfía
»para que me fuese á ahí».
«Un hijo villano fuera

»si al hacerme tú ese ruego
»en que fundas tu sosiego,
»á tal cita no acudiera.
»Contemplo y lloro tus males,
»los que tú me has referido;
»y en mí se fija el quejido
»de tus angustias mortales.
»No me toca á mí juzgar
»tus actos, la intencion sí;
»que fué buena, bien lo ví,
»aunque llanto ha de causar.
»En mis brazos al momento
»con mis besos y caricias,
»te volveré las delicias
»que alejaron tu tormento.
»Mi amor por tí vive alerta
»y en el tuyo está mi encanto:
»pronto enjugaré tu llanto
»y mi dicha será cierta,
»pues en goces tu afliccion
»se han de trocar sin tardanza
»al vernos, y la esperanza
»que sostiene el corazon
»en los dos será cumplida.
»Por ver la alegría en tí,
»perdiera la vida, sí;
»madre del alma querida!»

ANA. (Recitando). Cuánto amor tan bien sentido.

MARÍA. (Recitando). En él fundo mi ventura.

ANA. El corazon me asegura
que el dolor de aquí ha partido.

MARÍA. (Vuelve la hoja y continúa leyendo).

«Bien comprendo tu agonía
»al decirme que quitaste
»el poder que me indicaste
»á mi padre, madre mia:
»mi mente se representa
»con los colores más vivos,
»los sonrojos repulsivos
»que mi padre juzgo sienta,
»mas tu inocencia resalta
»aunque tú creas severo
»á mi padre, ha de estar fiero
»y perdonará tu falta.
»Cuando nos vea sufrir
»y á sus plantas nos postremos,
»su dolor seguro, haremos
»muy léjos los dos huir.

«Y gozaremos de paz
»sin traba que lo entorpezca,
»ni nube que ya entristezca,
»tu noble y hermosa faz.
»Entraré cual tú me dices
»sin que en la casa me noten;
»más penas de tí no broten,
»que vamos á ser felices.
»Mañana, martes, me esperas,
»que en su noche llegaré.
»tu exaltacion calmaré,
»toda clase de quimeras.
»Tu ansiedad me justifico
»por arrojarte en mis brazos,
»nobles y amorosos lazos
»que busca tu Federico.»
(Recitando). Oh! si es verdad, mi perdon
en mi Federico estriba!

ANA. Yo tengo por él cautiva
el alma y el corazon.

MARÍA. Ya ves Ana, qué consuelo.

ANA. Si hay en la fé confianza,
todo en el mundo se alcanza.

MARÍA. Tengo un hijo que es modelo!
(Ap. Con pasion). El es mi dicha, mi todo!
(Alto). Cómo esa carta habrá escrito?

MARÍA. (Que ha debido fijarse ántes en la parte superior de la tercera plana de la carta).
Con un trabajo infinito;
él lo dice de este modo: (Leyendo en el sitio indicado)
«Mi herida ya sin estrago;
»si con mi diestra no escribo,
»de escribirte no me privo,
»que con la izquierda lo hago.
»De otro servirme no debo:
»que en los asuntos de honra,
»cualquier detalle deshonra
«y es tu nombre el que yo llevo.»

ANA. Dios quiera feliz le vea;
lo quiere así mi ternura: (Mirando al cielo en ademan de súplica).
antes que yo su ventura:
Sí, Dios mio, que así sea!

MARÍA. (Doblando distraidamente la carta en forma que un ángulo inferior de la carta al doblarse, venga al centro del papel).
Es conveniente ocultar

esta carta á mi marido:
Ya lo sabes!

ANA. Convenido:
te prometo he de callar;
de cansancio, más no puedo.

MARÍA. Por mi angustia igual me miro.

ANA. A tu cuarto me retiro;
si te hago falta me quedo.

MARÍA. No, Ana, puedes marcharte;

ANA. Me acostaré aunque vestida.
Vendrás luego?

MARÍA. Sí, mi vida;
enseguida irá á buscarte. (Se marcha Ana por la puerta de la derecha).

ESCENA X.

MARIA (Sola).

(Pensativa). Y si esta carta perdiera,
en donde la guardaré? (Con resolucion).
No, mejor la quemaré,
que es fácil Pedro la viera!
(Se dirige á la mesa y enciende la vela).
No la quemo por mi gusto, (Quemando la carta).
más importa á mi sosiego:
Sí, sí; consúmala el fuego
antes que ocurra un disgusto.

ESCENA XI.

MARIA Y D. DIEGO, (éste desde la puerta del foro).

D. DIEGO. Felices, bella María.
(María dá un grito y apaga entre sus manos la parte de la carta que aún no quemó, guardando este fragmento en la derecha).

MARÍA. (Aún asustada: Ap.) Don Diego!

D. DIEGO. Qué tal se siente!

MARÍA. (Ap.) Me asusto: (Alto). medianamente;
mucho peor cada dia.

D. Diego. En verdad, Pedro me dijo
que por sus nervios padece:
este pueblo me parece
que á á usted no prueba, de fijo.
Entiendo que si viajara
le causaría provecho:
no es verdad?
María. (Con tristeza). Ay, ya se ha hecho!
D. Diego. Más veces, más; quien repara.....
todo mal con eso cede....,
(Transicion). A su esposo ver quisiera.
María. (Ap.) He de saber aunque muera
si algo funesto sucede.
(Alto). Le llamaré!
D. Diego. No me opongo
María. (Ap). por si es posible impedir
un mal, no me debo ir;
y que existe lo supongo. (Pedro entra por la puerta del jardin).

ESCENA XII.

DICHOS Y PEDRO.

D. Diego. (A María al reparar en Pedro). El llega.
Pedro. (A D. Diego). Calle! ya vuelto?
Al telégrafo no fuiste?
D. Diego. Con ese intento, tú viste,
á la calle fuí resuelto.
Pedro. Lo dejas para despues,
bien; lo celebro infinito. (Dirigiéndose á María).
Y Federico no ha escrito?
María. No!
D. Diego. (A Pedro). Oye Pedro, urgente es.....
Pedro. (Interrumpiéndole). Qué sucede?
D. Diego. Que á Duzcarta
encontré al salir de aquí.
Pedro. Y te dijo? vamos dí!
D. Diego. Que esta noche quizás parta.
María. (Aparte, con cierta alegría).
Del notario es un pretexto.
D. Diego. Por tal causa le rogué,
fuese á su casa.
Pedro. Se fué?

D. DIEGO. Y nos espera dispuesto (Alarma en María).
para hacer esa escritura.
PEDRO. Pues en marcha: adios María.
MARÍA. (Angustiada: Ap.) Qué terrible es mi agonía!
PEDRO. (A Diego). Obraste bien, con cordura.
MARÍA (Agitada: Ap.) Si se marchan, fijamente
Pedro todo lo sabrá
y con sonrojo verá
mi proceder imprudente!
D. DIEGO. (A Pedro). Este dia aprovechemos
que el tiempo es perentorio,
MARÍA. (Aumentando su angustia: Ap.)
Dios santo, qué purgatorio!
PEDRO. Cuando tú quieras, marchemos;
y ahora mismo es necesario
el poder (Por María) que ésta me dió
perdí, y una copia yo
quiero pedir al notario.
MARÍA. (Comprimiéndose el pecho con las manos, y en el colmo de la angustia).
Qué dolor al corazon! (Sorpresa en Pedro y Diego al ver á María, dirigiéndose Pedro á sostenerla).
Me siento desfallecer!
D. DIEGO. (Asustado). Dios santo, se vá á caer!
PEDRO. (Angustiado cogiendo á María en sus brazos.)
Esposa mia!
MARÍA. (Con voz desfallecida). Perdon! (Al caer desmayada en en los brazos de Pedro, María deja en la mano de aquél el pedazo de carta que dejó sin quemar).
PEDRO. (Sosteniendo á María y mirando con sorpresa al indicado papel).
(Ap.) Perdon, dice! (Por el papel). Y esto á más!
D. DIEGO. (Asustado, y con la alarma consiguiente. A Pedro).
No hay sales? Aún no es vuelta?
(Tirando del cordon de la campanilla).
(Gritando). Ana, Ana.
PEDRO. (Ap. Sombrío). Si desenvuelta
obró María? (Como indignado de este pensamiento).
Jamás!
Oh! vil sospecha. (A Diego). No acuden?

ESCENA XIII.

DICHOS, ANA: (Un criado y una criada, aquella por la puerta de la derecha, los demás por la del foro).

ANA. (Asustada.) Qué es esto? (Reparando en María en los brazos de Pedro, y dirigiéndose hácia ella).
Tia adorada! (Sosteniéndola á la vez que Pedro: con terror).
Muerta!

D. DIEGO. (Indicando á la criada que acuda en auxilio de María).
No, está desmayada.

PEDRO. Hasta su cuarto me ayuden. (Y en brazo de los tres conducen á María hasta la puerta de la de la derecha, quedando en ella Pedro, y entrando María, Ana y la doncella).

ESCENA XIV.

DICHOS, ménos ANA, MARIA y la criada.

D. DIEGO. (A el criado). Eh, tú, un médico al momento! (Se marcha el criado por la puerta del foro).

PEDRO. (Desde la puerta en que quedó: Ap.)
Qué súbito fué el desmayo!

D. DIEGO. (Ap.) Muy sombrío á Pedro hallo!

PEDRO. (Ap.) Cuán horrible es mi tormento!

D. DIEGO. (Alto). Fatal percance!

PEDRO. Cruel!

D. DIEGO. Vendrá el médico?

PEDRO. Vendrá!

D. DIEGO. Fué un desmayo.

PEDRO. Así será,

D. DIEGO. Son sus nervios.

PEDRO. (Ap. y como respondiendo á su pensamiento). Será infiel?

D. DIEGO. Se hará la escritura?

PEDRO. Sí!

D. DIEGO. Y cuándo ha de hacerse?

PEDRO. Luego!

D. Diego. Y al notario?...
Pedro. (Interrumpiéndole). Te lo ruego;
dile lo que pasa aquí!
D. Diego. He de hablarle por los dos;
pero avisa si algo ocurre.
Pedro. (Reprimiéndose: Ap.) Su pesadez ya me aburre;
D. Diego. Me marcho, hasta luego
Pedro. Adios! (Se marcha D. Diego por la puerta del foro: Pedro al verlo salir, con febril agitación desdobla el papel y se pone á leer).

ESCENA XV.

PEDRO (solo).

(Leyendo). «Aunque llanto ha de causar.
»En mis brazos al momento
»con mis besos y caricias,
»te volveré las delicias
»que alejaron tu tormento.
»Mi amor por tí vive alerta,
»y en el tuyo está mi encanto:
»pronto enjugaré tu llanto
»y tu dicha será cierta;
»pues en goces tu afliccion
»se han de trocar sin tardanza
»al vernos, y la esperanza
»que sostiene el corazon
»en los dos será cumplida.
»Por ver la alegría en tí,
»perdiera mil vidas, sí;
».... del alma querida!
(Volviendo la hoja). »muy lejos los dos huir.
»Y gozaremos de paz
»sin traba que lo entorpezca,
»ni nube que ya entristezca
»tu noble y hermosa faz.
»Entraré cual tú me dices,
»sin que en la casa me noten;
»más penas en tí no broten,
»que vamos á ser felices.
»Mañana, martes, me esperas
»que en su noche llegaré:
»tu exaltacion calmaré:

»toda clase de quimeras.
»Tu ansiedad me justifico
»por arrojarte en mis brazos,
»nobles y amorosos lazos
»que buscas tú....»
(Recitando: Con ira). Falta un pico,
se ha quemado; maldición!
Precisamente el vil nombre,
que para el mio es baldon,
no expresa; sin dilacion,
he de buscar á ese hombre,
Gran dolor me da sin tasa! (Mirando con indignacion hácia el cuarto de María).
Y esa vacante ocasiona
brusco desastre en mi casa;
el rubor que amí me abrasa,
mi faz creo lo pregona! (Contemplando el papel).
Ya veo su agitación,
la causa de sus dolores,
los ecos murmuradores
que exhala su corazon,
de la conciencia roedores. (Con soberbia).
La locura que me agita,
en ira mi sangre inflama,
y pues la traicion reclama (Con la mano en el corazon).
la pena que aquí me grita,
deme el infierno su llama! (Dando un paso hácia el cuarto de María, y mirando con rencor hácia este punto).
Vil esposa que no ves
es crímen tu torpe anhelo:
muestra del mal en el suelo
y del honor el revés;
Dios te maldiga en el cielo! (Se deja caer en el sillon estrujando entre las manos el fragmento quemado, y ocultando el rostro entre ellas).

TELON RAPIDO.

ACTO TERCERO.

Son las siete de la noche. La misma decoracion: hay un quinqué encendido.

ESCENA PRIMERA.

MARIA Y ANA, (en igual traje).

MARÍA. Sin duda aquí la han cogido.
ANA. Tu memoria no recuerda
dónde perdiste la carta?
MARÍA. De nada tengo conciencia,
desde que tuve el desmayo
en que quedé como muerta.
ANA. Pues inquietarte no debes
con conjeturas diversas
sobre los varios destinos
que á dicha carta se dieran.
Á más dices la quemaste
y en eso tienes certeza;
por tal la razon no encuentro
para verte tan inquieta
Y aunque un fragmento dejaste
que tú no hiciste pavesa
por venir aquí don Diego
en el momento que cuentas,
juzgo pensando á mi modo,
que sin razon te exasperas.
MARÍA. Pues eso precisamente
me martiriza y aterra:
Quién no dice que tu tio,
por ese medio no entienda
antes del tiempo que sabes,

el caso que me avergüenza?
Si ese fragmento cogió,
y el contenido reseña
mi proceder insesato,
mi doblez tan encubierta,
con su carácter entero
que es lo que más me amedrenta,
no entiendes que su cariño,
en indignacion se trueca?

ANA. Tu exaltacion eso abulta
y hasta el delirio te lleva.

MARÍA. (Con tristeza). Ojalá que tú acertases
y en mí el error estuviera!
Mas hay! El alma me dice
se aproxima la tormenta
en la que juego la paz
y mi amor con mi existencia.

ANA. Veamos: por qué supones
que mi tio recogiera
ese pedazo de carta
que ocasiona tu tristeza?
No pudo cualquier extraño,
ó alguna de las sirvientas,
arrojar ese papel
por ignorar lo que encierra?
Y en todo caso, consiento
que mi tio lo leyera:
al leerlo, qué hallará? (Con gran indiferencia).
Renglones que nada cuentan,
igual á tí dirigidos,
que al lacayo ó cocinera.
Qué más quieres? Tú quemaste
la carta; (Simulando desprecio). pues son grotescas
las razones que allí queden
en frases, claro, inconexas.
Un escrito de esa forma
de seguro que remeda
al juego de despropósitos,
tan chocante en sus respuestas.

MARÍA. Sí, comprendo lo que dices,
y lo confirma otra prueba.
Por distraccion, (Como recordando) bien recuerdo;
no me equivoco: estoy cierta;
la dicha carta plegué;
hácia el sitio de la fecha:
—es decir—de abajo á arriba
para que mejor me entiendas;
no por igual en punta,
cual doblamos las tarjetas

y al lacayo le entregamos
segun es costumbre añeja;
circunstancia en mí presente
que mi memoria conserva,
porque un dedo me abrasé
al quemarla en esa vela.

ANA. Pues si el principio y el fin
te quemaste, es friolera
descifrar: y eso te angustia?

MARÍA. Ay, sí, que mi angustia versa,
porque en diez horas pasadas
de mi desmayo y flaqueza
á mi buen Pedro no he visto!
Tal proceder, qué demuestra?

ANA. Quizás sus ocupaciones
son las que de tí se alejan.
(Con terror llevando las manos á la cabeza).
Jesús, mil veces Jesús!
Qué terrible es mi sospecha! (Animándose y com hablando consigo misma).
Con don Diego la escritura
ha ido á hacer! Cuánta afrenta,
si el notario no halla modo
de que el asunto suspendan! (Con energía y como indignada de sí misma).
Mas qué digo de don Julio!
Su voluntad no hay quien tuerza
cuando del deber se trata! (Golpeándose el pecho).
Sola yo falto! Oh vergüenza!

ANA. (Con timidez y sobrecogida al ver la exaltacion de María).
No te alarmes ni te apures.

MARÍA. (Acentuando su exaltacion). Mis apuros son vilezas!
(Con resolucion). Mas ántes es Federico
y mi buen Pedro; que vea
—es justo—en mí convertida
aunque le cause sorpresa,
en miserable instrumento
á la que él creyó su perla.

ANA. (Mirando al cielo: Ap.) Dios santo, sé su refugio!

MARÍA. (Más excitada). Me agita tal impaciencia
hasta que cuente á mi esposo
lo que oculto por afrenta,
que no repararé en nada
hasta que Pedro lo sepa:
un coloso (Con la mano en el corazon). manda aquí
en forma tal, tan suprema,
que ha de ser, así lo quiero,
lo difícil á la fuerza.

(Pausa: Con tristeza). De mi marido el perdon
quería por recompensas
de mis dolores pasados,
que son mortales dolencias! (Con algun enternecimiento).
Pensé más; quise el olvido
de mi estúpida torpeza! (Con amargura).
Ahora sólo el corazon
ó el alma que en mí se hospeda,
deplora el tiempo perdido
y mi silencio condena!
(Pausa). Callar por virtud, se explica;
mas por mal, es vestimenta
que sólo causa lesion
y es de lo vil la frontera! (Con tristeza).
Lágrima que no se vierte
al corazon se la lleva;
así á la cara no asoman
quebrantos ni amargas penas; (Con amarga energía).
pero esa lágrima, mata,
porque el dolor la envenena! (Pausa: Con resolucion).
No más dudas ni pretextos;
seré conmigo severa
y todo, todo á tu tio,
he de decirlo, aunque yerta
ante su planta me arrastre,
ó ante su mirada muera.

ANA. (Con angustia: Ap.) Dios mio, ténla piedad! (Con solicitud á María: Alto).
Tia!

MARÍA. (Con energía á Ana). Vete!

ANA. (Retirándose por la puerta del foro.)
(Conmovida). Qué tristeza!

ESCENA II.

MARIA sola, dejándose caer en el sillon.

No puedo más, qué afliccion!
Mi Pedro, dónde se encuentra?
Serán mayores mis males?

Qué porvenir de tinieblas! (Levantándose).
No hay quien consejo me de?
Quién un consuelo me presta? (D. Diego desde puerta del foro).

ESCENA III.

MARIA Y D. DIEGO.

D. DIEGO. (Como respondiendo al último verso).
Yo, demando su permiso.
MARÍA. (Sorprendida al escuchar á D. Diego: Ap.) Dios mio!
D. DIEGO. (Entrando y dando la mano á María).
Grata sorpresa,
tengo al verla levantada:
reciba mi enhorabuena.
MARÍA. Mil gracias, mi buen amigo:
Y mi Pedro, donde queda?
D. DIEGO. Supuse encontrarlo aquí.
y despues que me pusiera
á sus piés, y me mandase
—porque supe ya está buena—
pensé verle, que el notario,
de seguro nos espera.
MARÍA. (Hace una indicaoion para que se siente D. Diego: ambos lo efectúan. Con intranquilidad visible).
De modo que la escritura?...
D. DIEGO. (Con naturalidad). Sin hacerse! Quien tal piensa
ocuparse de ese asunto
y padeciendo usted mientras?
MARÍA. (Tranquilizándose: Ap.) Mitiga el duelo alma mía!
D. DIEGO. Nos dió usted un susto de veras.
MARÍA. (Ap.) D. Diego es honrado y noble;
si á contarle me atreviera...
y referirle á un extraño
tales cosas, me molesta. (Con amargura).
Pobre mujer la que olvida
su decoro y en reserva,
contra el esposo mantiene
un secreto, uno cualquiera;
hay momentos en que á todos
se confia y manifiesta;
al marido no se atreve; (Con desprecio).
que ha de atreverse la necia!

D. Diego. Con que el alivio?
María. Perfecto:
(Ap.) Mas qué camino me queda? (Por D. Diego Vacila).
Al fin es hombre de honor!
(Con resolucion: Alto). Mi buen amigo, mil pruebas,
de gran amistad á usted
le merecí y con nobleza!
Apurada me dirijo
á su honradez que es extrema;
por mis méritos no apelo;
su bondad me recomienda.
D. Diego. Usted dispone de mí,
ya me tiene á su obediencia.
María. Lo sé D. Diego, me consta,
que cuanto yo le refiera,
ha de ser para afligirle
y conozco su respuesta.
D. Diego. Con sobresalto la escucho;
haga que su mal entienda,
María. Si vacilo...
D. Diego. (Interrumpiéndola), Yo la ruego...
María. Que le explique? Bien! Resuelta,
mi pensamiento expondré
y mi querella.
(Ligera pausa). Suprimiendo las disculpas
y los pretextos que merman
un inícuo proceder
he de decir que indiscreta,
revoqué un poder á Pedro,
que hace imposible la venta
—por mi esposo—de la casa,
que escriturarse hoy debiera. (Con pena).
Juzgue usted mi compromiso!
D. Diego. (Sorprendido). Es decir?
María. (Interrumpiéndole). Que él se encuentra
—y eso usted lo comprendió—
muy tranquilo, en la creencia,
de poder vender la casa.
D. Diego. Aún ignora?..
María. Cuánto versa
sobre tan triste suceso.
Y el caso ve, no se presta
por mi desgracia maldita,
para hacer lo que él intenta.
Procuré tenerlo oculto
y como Pedro no sepa
eso desde esta mañana...

D. Diego. Qué dice usted?
María. Una prueba
de los males que le explico,
hoy quizás llegó á tenerla.
He perdido...
D. Diego. No comprendo!
María. No le conté, fué torpeza;
y por lo tanto no sabe
que en esta mañana adversa
tuve carta de mi hijo,
donde dice y se condensa
con relacion al poder,
lo que mi palabra reza?
D. Diego. Usted ha perdido?..
María. Esa carta
sí, pero antes de perderla,
por mí quemada fué en parte.
D. Diego. Alguna razon secreta?
María. Porque lo expresado dice
y á más, á mí me interesa,
no sepa Pedro que viene
mi Federico, que hoy llega.
D. Diego. Con qué fin?
María. Para llevar
á cierto punto una empresa,
que el corazon de mi Pedro
en mi favor le conmueva.
Con mi Federico al lado,
á mi esposo, su clemencia
de rodillas pediremos
y de ese modo que sepa
sin testigos enojosos,
mi incomprensible imprudencia.
Por esta razon, D. Diego,
para que usted no entorpezca,
este proyecto y me salve
dando largas á la venta,
le manifiesto mi apuro
que un grave mal lo proyecta.
D. Diego. Y pensó acertadamente.
María. De modo?
D. Diego. Que no padezca
y á Pedro en súplica vaya,
cuando Federico venga.
Entre tanto, á usted le juro,
que antes con Pedro rompiera
y atropellara por todo,
que á usted se la comprometa.
De cualquier modo no olvide,

me manda cual le parezca.

MARÍA. Mil gracias, mi buen amigo.

D. DIEGO. (Levantándose, y tambien María).
Si usted me dá su licencia...

MARÍA. Le suplico que más tarde,
usted, D. Diego, aqui venga.

D. DIEGO. Cuándo viene Federico?

MARÍA. Vendrá dentro de hora y media.

D. DIEGO. Pues á su encuento estaré:
á Duzcarta veré mientras
para que ayude á su intento. (Diego saluda á María y se marcha por la puerta del foro: María va detrás acompañándolo).

MARÍA. Dios le pague accion tan buena. (Vánse los dos por dicho punto).

ESCENA IV.

PEDRO y el criado que salió en la escena 13.ª del acto segundo. (Aparecen por la última puerta del lado izquierdo, despues de abrir con llave el primero: En el dintel se detienen).

PEDRO. (Sombrío). Ya sabes cuanto has de hacer;
celar la puerta de casa.
Y si llegases á ver
que un extraño adentro pasa
ó salir una mujer,
me avisas con Agustin
y sigues sin acercarte
á quienes llego á expresarte: (Con tono de mando)
ahora sal por el jardin
y cuida bien de ocultarte. (Hace un ademan imperioso, y el criado se marcha cerrando la puerta: Pedro avanza unos pasos en la escena).
A qué recurso apelamos
los que cual yo en un segundo
como perdidas lloramos
honra y paz, lo que en el mundo,
más que á la vida estimamos, (Pausa).
desde hoy el vulgo mi honor
pisará con su censura! (Ligera pausa: Sombrío).
Y por qué? Por mi dolor!.. (Con sarcástico dolor).
Dónde estará el escultor
que á la pena dió figura?..
(Saca el papel quemado que recibió de María en el segundo

acto, y despues de pasar llgeramente la mirada por él, le arroja sobre la mesa con saña reconcentrada).

Maldito papel, maldito!
Quién será el que lo haya escrito?
Qué nombre su autor merece?...
Cuanto más y más medito
más y más mi saña crece!...
Pensamiento en mí capaz
de hacerme insensible piedra!...
Concentracion pertinaz
que me atenaza cual hiedra,
huye, como huyó mi paz!. . (Pausa: mirando á derecha é izquierda).
Aquí me uní yo á la infiel:
entendí su amor tan puro...
qué tiempo de dicha aquél!... (Con energía, señalando la carta que dejó sobre la mesa).
Entonces sí, de seguro;
la indignaba ese papel!
Qué dolor, que sufrimiento!
Qué espantosa realidad!
Qué aborrecido tormento;
de fiereza es un portento
la causa de mi ansiedad! (Pausa: Con conviccion).
Cualquier dolor santifica
y el que es bueno no desmaya,
porque el premio dulcifica
las penas que el justo calla;
así la moral lo explica! (Enardecido y soberbio).
Mas sufrir sin recompensa
é inútilmente luchar,
es cruel agonizar,
es la lucha sin defensa,
abismo mayor que el mar!
Es el eco que responde
al mal, y el bien no se encuentra;
es la dicha que se esconde,
y en su lugar se concentra
lo que al dolor corresponde!
Es por fin la negacion
del espíritu que encalma;
es un martirio sin palma,
de lo dicho en conclusion,
es llevar la asfixia al alma!
(Con soberbia). Siento en mí que sangre moza,
al corazon le va hirviente,
y que cual hierro candente
quema, ni agravio que roza,

en el crisol de mi mente! (Cae descompuesto en el sillon, cogiendo la cabeza entre sus manos).

ESCENA V.

PEDRO Y MARIA: aparece ésta por la puesta del foro.

(Desde dicha puerta: Ap.)
Ahí está, grave y sombrío,
con su cabeza entre manos; (Mirando al cielo).
Qué desconsuelo, Dios mio;
quitarle penas ansío,
sé que los medios son vanos! (Con la cabeza humillada y las manos cruzadas: dá dos pasos: Pedro coge la carta quemada y fija su mirada en sus renglones).

MARÍA (Con terror al ver leyendo á Pedro: Ap.)
Qué miro! Leyendo está
mi carta que penas brota? (Con la mano en el corazon: Con angustia).
Ay de mí! Gota por gota,
filtrado á mi pecho vá
un veneno que me agota!
Grave angustia experimento;
no hay remedio para mí!
Qué desdichada nací!
Do te escondes mi contento?
Por qué no respondes, dí? (Entrelaza las manos, dejando caer la cabeza sobre el pecho).

PEDRO. (Ap.) Para bochorno me inflamo
en un amor traicionero;
ansiedad de pordiosero,
de la carne vil reclamo;
vergüenza del caballero!
Qué hombre de honor que no funda
en su nombre un gran altar,
y que con faz iracunda
no vea á la gente inmunda
su limpia fama manchar?

MARÍA. (Ap.) De mi Pedro, soy encono
y es el dolor que me aqueja;
el sufrimiento es mi tono,
que cual eco en telesfono,

mi bien aleja, le aleja! (Avanza hasta ponerse detrás del sillon en que está Pedro).

PEDRO. (Ap.) El más vil tiene un segundo
de intermitencia al sufrir;
para mí, qué hay en el mundo?
(Con rabia). Sólo afrenta, mal profundo;
ver mi deshonra crugir!

MARÍA. (Ap). Todo tiene su medida
y el exceso la rebosa;
así mi vida no es vida,
es un suspiro de huida,
que en el espacio reposa! (Toca á Pedro en ol hombro).
(Alto: Con amor). Esposo!

PEDRO. (Al contacto de la mano de María. Se levanta como lanzado por fuerza superior: Se guarda el fragmento de la carta).
(Ap.) Aquí esta mujer!

MARÍA. (Con triste dulzura) Me siento mal, y á tí vengo;
sólo por tí me sostengo! (Con más solicitud).
Quiero verte, y ha de ser,
sin que ideas te atormenten!...

PEDRO. (Interrumpiéndola: Ap.) Qué cinismo! (Alto: Con fria cortesía).
Despues será!

MARÍA. (Con amargura). Y el despues, quién lo verá?
(Con cariño). Sufres! Tus ojos no mienten
y he de consolarte fiel!
El deber así lo manda!

PEDRO. (Con cruel sarcasmo: Ap.) Qué hipocresía tan blanda
encubre á la esposa infiel!

MARÍA. (Con cariño). Háblame, no me tortures
ni me causes confusion;
no es justo á mi corazon,
que tu buen pedro le apures!...
Te sientes malo?

PEDRO. (Impacientado). Yo digo!...

MARÍA. Que necesitas consuelo: (Con más amor).
Anda, cuéntame tu duelo!

PEDRO. (Reprimiéndose: Ap.) Más aún!

MARÍA. (Con más expansion). Si no te atosigo!
á tu lado me estaría:
aunque me llames cansada,
he de hacer que tu mirada
la fijes en tu María.
No escuchas, amado Pedro?

PEDRO. (Con alguna sequedad).

Cómo no hablando tan fuerte!

MARÍA. Aunque es ingrata mi suerte,
á tí acudo, no me arredro.

PEDRO. (En son de disculpa). Tal porfía!...

MARÍA. (Interrumpiéndole: Con cariñoso reproche).
Tú me aquejas!
Eres ingrato conmigo;
no eres ya mi buen amigo,
pues triste de tí me alejas! (Ligera pausa: Con más solicitud y cariño, poniendo su brazo en el hombro de Pedro).
De la pena que te amargue,
dile á tu esposa el quebranto:
para llorar con tu llanto
y que igual duelo me embargue.

PEDRO. (Ap. Con rabia). Oidos para esto oir! (Por María).
Ojos que tal cosa ven,
que os sonroje mi desdén
si no sabeis hoy morir!

MARÍA. Es que perdí tu cariño?

PEDRO. (Aparentando naturalidad). Qué locura, no merezco
tal suposicion: te ofrezco...

MARÍA. (Interrumpiéndole). Sí, te quiero, y no te riño.

PEDRO. (Como disgustado). Esas dudas!...

MARÍA. Dudar? No!
mas tu desvío me apena.
(Ap.) La carta de dolor le llena;
he de indagar que quedó
con referencia al poder.

PEDRO. (Ap.) Tanto no juzgué pasar!

MARÍA. (Ap.) No ceso hasta averiguar ¡Por Pedro, respecto la lectura de la carta).
qué carta llegó á leer.
(Alto: Con cariño). Sé conmigo generoso;
padezco aparte mi mal,
un tormento muy fatal,
por verte tan desdeñoso.

PEDRO. Tu rostro sea antesala
de ese mal en tí latente (Ligera pausa).
Mírame y alza la frente! (María sostiene por un momento la mirada de Pedro; despues baja la vista).

PEDRO. (Sombrío: Ap.) Sí, sí, estás mala, muy mala;
tal, que dos médicos, dos,
ven que remedio no cabe:
tan duro es, que amargo sabe:
(Más sombrío). Uno soy yo! El otro Dios!
(Serenándose y con naturalidad).

Pero calma en mí aparezca
hasta dar con quien es él,
que ha sufrir con la infiel
sin que un crímen acontezca. (Con naturalidad). (Alto).
Mis asuntos!

MARÍA. (Interrumpiéndole). No lo ignoro,
roban mi amor.

PEDRO. Es mi afan!....

MARÍA. (Interrumpiéndole). Sí Pedro! Más ahora van,
muchas horas que deploro!

PEDRO. Es mortificacion tuya
la razon que te acongoja;
—por cierto que á mí me enoja;
y permite así te arguya.

MARÍA. (Ap.) Si aprovecho esta ocasion
y mi boca le confiesa
que lo que hice me pesa,
no haré bien? (Con resolucion). Sí! (Alto). Pedro!

PEDRO. (Sin haberla escuchado). Son
tus quejas—bien puede verse—
molestas y sin cordura: (Como el que convence á otro con la razon que expone).
así estoy por la escritura
que mañana debe hacerse. (Espanto en María).

PEDRO. (Con indiferencia). y mis asuntos son tales.....

MARÍA. (Sorprendida: Ap.) Qué dice! No estoy soñando?
Oí bien, ó van pasando
sombras ante mí fatales? (Excitándose).
Y si el fragmento no dice
que él no puede escriturar,
en qué su rigor fundar?
Cómo digo lo que hice?
Pensará algo que me humilla? (Transicion: con gran naturalidad).
No puede ser, estoy cierta;
vive él, y no estoy muerta,
pues la cosa es bien sencila!

PEDRO. Sírvate lo dicho, y basta: (Dirigiéndose hácia su cuarto).
á trabajar me retiro.

MARÍA. Yo á reprimir el suspiro
que á mi corazon desgasta. (Con solicitud á Pedro: Alto).
Saldrás para verte?

PEDRO. (Deteniéndose: Con indiferencia). Luego!

MARÍA. (Ap.) Qué lastimada quedé;
un consuelo Dios me dé!

PEDRO. (Desde la puerta de su cuarto: Ap.: Con saña).
Corazon, guarda tu fuego! (Váse Pedro).

ESCENA VI.

MARIA (Sola).

(Con tristeza). Dice que va á trabajar
y me rechaza, hace bien;
trabajo tengo tambien;
hora tras hora llorar! (Oculta el rostro entre las manos).

ESCENA VII.

(Sale Ana por la puerta del foro con manifiesta alegría.)

MARIA Y ANA.

ANA. (Al aparecer en la puerta: Con aceleracion). Tia!
(María se extremece y dá un grito asustada: Ana se detiene sobrecogida, y con timidez dice).
Te asusté?

MARÍA. (Disgustada). No tal!
(Ap.: Como indignada de sí misma).
Es mi conciencia que grita
y el eco dice, maldita (Con la mano en el corazon).
resonando aquí, cabal! (Enardeciéndose).
Que el remordimiento habla
aunque el semblante no asoma; (Golpeándose el lado del corazon).
adentro está la carcoma
que fiero trabajo entabla! (Ligera pausa: Volviéndose hácia Ana y con severidad).
A qué has venido tú: dí?

qué me quieres?

ANA. (Con timidez). Me amedrentas
al mirarte; representas,
disgustada estás por mí!
Y verte alegre deseo;
si hice mal; perdona el daño.

MARÍA. (Ap). Cuán innoble es el engaño,
siempre en busca de rodeo!

ANA. (Con cariño). Reñida conmigo estás?
Tienes enojos conmigo?

MARÍA. (Con expansion). Enojada yo contigo;
no, mi Ana, nunca, jamás! (Con sentimiento).
Mis enojos son dolores
que van al pecho esculpidos,
y hay que ahogar su alaridos
para aumentar sus rigores!
Ni áun así disculparían
mi proceder insensato;
por eso el dolor desato
y mis palabras te herían.
En fin, Ana, que á tu tio
leyendo la carta ví,
la que sabes que perdí: (Con desconsuelo).
vé mis disgustos.

ANA. (Con pena). Dios mio!

MARÍA. (Exaltándose). Quién mirará sin horror,
que una mujer en su casa,
de su paz forge argamasa
con la que mancha su honor?

ANA. No te exaltes te suplico
ni aumentes tu desventura:
ya verás si esa amargura
no ahuyenta tu Federico.

MARÍA. No le tuve yo presente
cuando ese poder quité; (Con emocion).
si vivo no sé por qué;
para ser de mal la fuente.

ANA. Decir quise á mi llegada
que muy cerca el tren sentí.

MARÍA. (Juntando las manos y mirando al cielo).
Santa Vírgen, fio en tí;
sálvame madre adorada! (A Ana con animacion).
Pues si vino á la estacion,
vendrá pronto lo infiero,
como sabe que le espero
se vendrá sin dilacion.

ANA. El trae nuestra ventura.

MARÍA Si en el lugar aprisiono

la paz que tanto ambiciono,
aquí he de hacerla segura;
el escarmiento lo ordena
y el instinto lo previene:
no siendo así, no se tiene
honradez, virtud ni pena.

ANA. Quiera Dios que tu proyecto
dé el efecto apetecido.

MARÍA. Cual busca el ave su nido,
busco en mi hijo su afecto.
Y tú has de estar á la mira;
que un incidente imprevisto,
sólo con que sea visto;
todo mi proyecto espira.

ANA. Le esperaré en el portal,
cuando Federico venga.

MARÍA. Que por tí no se detenga,
pues me harias mucho mal.

ANA. Perfectamente, muy bien: (Al retirarse: Ap.)
Un abrazo por quien soy,
él me da. (Preocupada.) Y yo se lo doy?
(Con expansion de cariño). No he de dárselo tambien!
(Se retira corriendo por la puerta del foro).

ESCENA VIII.

MARIA (Sola).

Cuando mi hijo aquí acuda,
dónde hablarle con reserva? (Meditando).
Aquí no! (Señalando su cuarto). Y ahí se observa!
(Con alegría y dándose una palmada en la frente)
Ah, ya sé, Dios me ayuda! (Corre hácia la puerta de la derecha por donde entra).

ESCENA IX.

PEDRO (Por la puerta de la izquierda).

Ni áun trabajando hallo calma!
Me atormento en demasía;
tan funesta alevosía

por demás me agita el alma!
Y me es preciso pensar
con calma en esta ocasion: (Dirigiéndose á la c lla).
La buscaré en la oracion; (Abriendo con llave la puerta de la capilla).
sí, sí, necesito orar! (Entra y cierra por dentro con llave).

ESCENA X.

MARIA, sola: Sale por la puerta de la derecha, saca una llave en la mano que oculta al espectador: con inquietud y andando muy quedo, hasta que llega al cuarto de Pedro, en donde escucha.

Ya me parece que tarda
mi Federico adorado! (Con impaciencia).
Si debiera haber llegado,
mi desdicha lo retarda! (Federico entra por la puerta del foro en traje de viaje, y con el brazo derecho en cabestrillo.)
De impaciencia, más no puedo!

ESCENA XI.

MARIA Y FEDERICO.

FEDERICO. (Al entrar: Ap). Mi madre! (Alto). Madre querida!
MARÍA. Hijo del alma, mi vida! (Se abrazan: María oculta el rostro en el pecho de Federico y solloza).
FEDERICO. (Pausa). Y mi Padre?
MARÍA. (Bajando la voz). Habla más quedo! (Señalando la puerta de la izquierda).
Ahí, despues te verá (Con solicitud).
Tu mano?....
FEDERICO. Tengo mejor,
sin padecer ya dolor.
MARÍA. (Bajando la voz.) Habla bajo que á oirte va:
(Señalando la puerta de la izquierda).
Que no sienta tu llegada!

FEDERICO. Mi carta no recibiste?
MARÍA. Y por ella aquí muy triste
me encuentras.
FEDERICO. Madre adorada!
mitiga tu ingrata pena;
da comienzo á tu alegría,
que no es justo madre mia
tú sufras siendo tan buena.
MARÍA. Hice un acto que ofendió
á tu padre.
FEDERICO. Le veremos.
MARÍA. Mas antes conviene hablemos
sobre ese asunto tú y yo. (Cogiendo á Federico de la mano).
Ven hijo!
FEDERICO. Duro es el caso;
mas por buena te bendígo.
MARÍA. (Llevándole de la mano hasta la puerta de la capilla).
Sígueme, vente conmigo! (Abre la puerta con la llave que tiene en la mano, y abierta, hace pasar á Federico, y despues ella: cuando va á cerrarla de nuevo, dice bajando la voz).
Mi amado; espérate paso! (Cierra la puerta con llave).

ESCENA XII.

DICHOS Y PEDRO, dentro de la capilla.

(Pausa. Se siente un grito de muerte dado por Federico).
MARÍA. (Gritando). Gran Dios! Socorro! (Por dentro de la puerta de la capilla con la llave en la cerradura).
Favor!
(Abierta la puerta y apareciendo Federico herido en el pecho, y sostenido por María: avanzando en la escena en la aptitud indicada).
MARÍA (Gritando). No me escuchan? Oh dolor!
(Gritando). Qué hirieron al hijo mio!
al asesino, al impío;
matarlo: (Aparece Pedro por la puerta de la capilla con un puñal en la mano).
Pronto, al traidor!
PEDRO. (Con espanto al reconocer á Federico).
(Gritando) Mi hijo! (Retrocediendo de espaldas hasta

dar con el sillon, en donde se apoya: queda con los ojos espantados y fijos en Federico).

PEDRO. No, no; no es!

MARÍA. (Dando un grito de terror al ver á Pedro).
Su padre! Con el puñal!

ESCENA XIII.

DICHOS Y ANA por la puerta del foro. (Al entrar sólo ve á su tio, y corre hácia él).

ANA. Tio del alma!

MARÍA. (Gritando). Ana! (Ana vuelve la cabeza. María le enseña á Federico).
Ves? (Ana da un grito y corre al lado de Federico, quedando éste entre los brazos de las dos. María á Pedro indicando el grupo que forman ella, Ana y Federico).
Y en esta carta, no lees
producto de lo infernal?

FEDERICO. (Con angustia). La cabeza se me abrasa!

MARÍA. (Con amor á Federico). Hijo amado! (Con ferocidad á Pedro).
Parricida!

ANA. (Angustiosa. Ap). El corazon me traspasa!

FEDERICO. (Ap). Siento escaparse mi vida!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS Y DON DIEGO, este sin ver á Federico.

D. DIEGO. (A Pedro: sobresaltado).
Qué ocurre, qué es lo que pasa?

PEDRO. (Saliendo de su estupor: Con soberbia).
Que la hiena al fin es hiena
y en su carne se cebó!

D. DIEGO. (Fijándose en Federico).
Díos mio, qué horrible escena!
(Corre hácia el grupo, quedando al lado de Ana).

ANA. (Desconsolada: Ap). He de sucumbir de pena;
para mi todo acabó!

FEDERICO. Era dichoso mañana!
La ventura; cosa vana! (Pausa: Desfallecida).
Muero! (Dirigiéndose á María).

MARÍA. ¡Hijo mio!

FEDERICO. ...Adios madre!
(Dirigiéndose á Ana). Dios te consuele mi Ana!
(Dirigiéndose á Pedro). Yo te bendigo mi padre!
(Cae al suelo desplomado, arrastrando á María: Federico al quedar en tierra, viene á resultar su cabeza sobre la falda de María: Ana, al caer Federico, se desmaya en los brazos de don Diego, dando un grito, como tambien María debió darle al caer Federico).

PEDRO. (Fuera de sí, se diríje hácia donde está Federico).
Oh, muerto! (Retrocede con espanto).
Y yo su asesino! (Golpeándose el pecho).
Sujeto á tan ruin sudario! (Vuelve hasta dondo está Federico. En el colmo de la desesperacion).
Hijo mio! Igual destino,
correrá en nuestro calvario!
(Se da una puñalada en el pecho, y al caer al suelo viene á quedar la cabeza de Pedro unida á la de Federico. Don Diego y María, dando un grito).

MARÍA. (Abrazando ambas cabezas).
Y á mí un castigo divino!

TELON RÁPIDO.

FIN DEL DRAMA.